

**Clase de la Dra. Diana S. Rabinovich:**

## **Lectura de "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis"**

Empezaremos con el Apartado I: "Palabra vacía y palabra plena en la realización psicoanalítica del sujeto". El título ya es indicativo, pues la palabra implica el compromiso del sujeto en el discurso. Lacan alude a la palabra tal como ella se manifiesta en la experiencia psicoanalítica, no a la palabra en general, distinguiendo entonces dos tipos de palabra: plena y vacía. Un enunciado puede ser una palabra vacía en el contexto de un análisis y puede ser perfectamente una palabra comprometida y plena en otro contexto. De ahí que el título diga "en la realización psicoanalítica del sujeto".

Precisamente, el término "realización" se sitúa sobre el telón de fondo de un sintagma freudiano clásico: la realización del deseo. El título dice, empero, "realización del sujeto", expresión que el vuelco que dará la obra de Lacan más adelante comenzará a cuestionar. De todos modos, se trata aquí de aquello que todo sujeto que recurre al análisis cree poder alcanzar, y que el propio Lacan durante un tiempo creyó.

El apartado comienza de esta manera: "Ya se de por agente de curación, de formación o de sondeo, el psicoanálisis no tiene sino un medium: la palabra del paciente. La evidencia del hecho no excusa que se le desatienda. Ahora bien, toda palabra llama a una respuesta". Lacan está señalando un hecho obvio: lo único que se intercambia en un análisis son palabras. Ya desde Freud, la palabra del paciente es el medio fundamental del psicoanálisis. No obstante, indicar que toda palabra llama a una respuesta supone algo diferente que lo desarrollado por Freud, en tanto agrega que no hay palabra sin respuesta, aunque esa respuesta sea el silencio.

Obsérvese que el silencio en el mundo de los seres hablantes no es el silencio de la naturaleza. Para el hombre el silencio siempre es una respuesta, en la medida en que sólo tiene sentido en el interior de un diálogo o de una discusión grupal. El puro silencio no existe para el ser que habla, porque remite inexorablemente a una dimensión de pregunta o de respuesta. Un poco más adelante, Lacan agrega que si el psicoanalista ignora la función de la palabra "no experimentará sino más fuertemente su llamado".

Efectivamente, los términos "llamar" y "llamado" apuntan a que toda palabra es de algún modo un llamado a la presencia del otro. Este concepto, que es el antecesor del concepto de demanda en la obra de Lacan, está claramente desarrollado en el Seminario I, en el análisis del caso Dick de Melanie Klein. Allí el llamado se articula con la primera vez en que el niño llora, cuando su niñera sale del consultorio. Se trata nada menos que de la instauración del sujeto en lo simbólico.

Es decir que el llamado implica como tal una dinámica de presencia y de ausencia, y destaquemos que el par presencia-ausencia es el núcleo de la teoría del símbolo para Lacan, aunque después sufra ciertas modificaciones y se formalice. Precisamente, la función del llamado se despliega en aquel célebre juego del nieto de Freud trayendo y

alejando el objeto frente a la separación de la madre. Lacan enfatiza el par mínimo de fonemas que se oponen, fort y da , de modo tal que lo que luego definirá formalmente al significante a partir del principio diacrítico de Saussure -un significante es lo que los otros no son- va a ser su rasgo diferencial.

El par mínimo oposicional se funda, en psicoanálisis, en la presencia-ausencia del Otro, de manera que esta presencia-ausencia no es una mera cuestión de conducta. El juego de un niño que se esconde y que vuelve a aparecer es un juego vinculado a la captura del sujeto humano por el lenguaje.

Entonces, siempre que hay un llamado se espera una respuesta, porque la palabra en primer lugar viene del Otro: desde que nace, el niño está inmerso en un baño de lenguaje; incluso antes de nacer ya es hablado, se habla de él, se le habla. En ese sentido, el llamado se relaciona con el hecho de que toda palabra tiene una función evocativa y una función creadora y no una mera función reproductora: la palabra no reproduce el pensamiento ya que no hay pensamiento sin palabras. En la polémica Vygotsky-Piaget, Lacan está del lado de Vygotsky: lenguaje y pensamiento son uno, y lo simbólico organiza precozmente todo el mundo humano.

De este modo, Lacan apunta a que no puede plantearse desde el punto de vista psicoanalítico el problema de la adquisición del lenguaje. Para que el niño hable, indudablemente debe haber un cierto aprendizaje, pero lo que le interesa marcar es que el niño ya está organizado por el mundo simbólico mucho antes de hablar, y que es capaz de entender mucho antes de emitir él mismo un discurso.

En este sentido, Lacan señala que la palabra, al implicar una respuesta, siempre implica a su vez a un oyente, y éste es el primer lugar le dará al psicoanalista. Incluso agrega que allí reside el meollo de su función en el análisis. Si el analista es el oyente por excelencia, su silencio será entonces una forma de respuesta, en la medida en que está ubicado en un lugar en el que cualquier cosa que haga -callarse o hablar- será siempre una respuesta a la palabra que se le dirige.

En este mismo texto afirmará también que el psicoanalista es el destinatario del discurso. El término francés *adresse* es difícil de traducir porque significa a la vez dirección y destinatario. Cuando uno dirige una palabra crea al Otro, porque éste está en la estructura de la palabra, no se trata de un otro empírico. El psicoanalista, aunque ignore su función de oyente, no por eso dejará de sentir su llamado, es decir que la estructura misma lo colocará en ese lugar.

Es común la experiencia de que, estando en cualquier situación, al decir que se es analista uno sea colocado en un lugar particular, así no haya abierto la boca ni formulado una interpretación ni nada que se le parezca. Automáticamente uno es visto como aquél a quien se le dirigen ciertos discursos, ocupando una función dentro del orden simbólico que va más allá de cuestiones como la simpatía o la antipatía.

Dice entonces Lacan: "Pero si el psicoanalista ignora que así sucede en la función de la palabra, no experimentará sino más fuertemente su llamado, y si es el vacío el que primeramente se hace oír, es en sí mismo donde lo experimentará y será más allá de la palabra donde buscará una realidad que colme ese vacío" . Es decir, un vacío que el analista rellenará en ese caso con una realidad cualquiera, por ejemplo la de los afectos,

la de los instintos, la del pensamiento, la de lo social. Buscará un más allá de la palabra, un más allá de lo simbólico, simplemente por desconocer la función de la palabra en el discurso. Se confundirá y analizará el comportamiento del sujeto, ignorando que éste tiene también estructura de palabra.

Por eso Lacan critica una distinción que es parte del acervo tradicional del psicoanálisis, la distinción entre lo verbal y lo preverbal, pues lo preverbal, en el sentido de que alguien no hable en palabras, está organizado igualmente por la palabra. Un gesto, la actitud misma del sujeto, es parte de una palabra a ser interpretada del mismo modo que un sueño. Al respecto, Lacan había dado un ejemplo claro en el escrito "La agresividad en psicoanálisis" ( Escritos , Tomo I, ob.cit.), indicando que un niño muy pequeño discrimina muy bien, en el gesto de un adulto, entre una agresión accidental y un acto de sadismo. O sea, una cosa es chocar o lastimarlo sin querer, otra es un acto de imposición violenta y caprichosa de autoridad. Desde muy temprano un bebé puede diferenciar ese matiz. Por lo tanto, el niño lee antes de hablar, lee en el otro ciertas cosas. Lacan es profundamente anticonductista, en especial con respecto a cierto conductismo psicoanalítico.

Continúa el texto: "Pero ¿qué era pues ese llamado del sujeto más allá del vacío de su decir?". El punto central a tener en cuenta es que cuando se supone que el inconsciente está en otro lugar que en la palabra, se empieza a torturar ésta última, podríamos decir, para obtener la confesión de lo que el sujeto no dice. La palabra, por tanto, se vuelve sospechosa, y éste fue el camino del análisis de las resistencias, deducido de la psicología del yo. A Lacan le interesa entonces subrayar algo que ya Freud había formulado: que la palabra se confiesa en la palabra misma, que no hay un más allá de ella, un adelante y un atrás del discurso, como si lo que dice el paciente fuera algo que habría que sacar para llegar a lo verdadero, sino que la verdad está en el discurso mismo.

Sin embargo, no está presente todo el tiempo, y por eso los momentos privilegiados que Lacan llamó formaciones del inconsciente –síntomas, sueños, lapsus, chistes– son aquellos en que la palabra se confiesa sin querer, en que se dice cuando no piensa decirse. El momento de la palabra plena es precisamente aquel en el cual el inconsciente hace su aparición. Todo lo demás es palabra vacía.

Lo cual va en contra de la idea de que cada vez que el analizante dice algo hay que contestar. En tal sentido, Lacan cuestiona el "todo quiere decir algo" como posible interpretación del analista, y esto en el peor sentido del término, en tanto puede lindar con el delirio interpretativo, porque es justamente para el psicótico que todo quiere decir algo. Por esta razón, cierto tipo de construcciones en el análisis apoyadas en este principio crean esa impresión casi delirante, que es lo que le sucede al psicótico: la luz se puso roja para avisarle del peligro, no porque se puso roja.

Agrega de inmediato que ese llamado del sujeto más allá del vacío de su decir es un llamado a la verdad. Aclaremos que "Función y campo..." es el texto de Lacan donde la verdad aparece más idealizada. Habrá una progresiva deflación de la verdad a lo largo de su obra, hasta quedar reducida a un lugar en un discurso. Entonces, este llamado del sujeto indica que en psicoanálisis se trata de verdad y no de exactitud, porque aquello que se juega en un análisis es algo que tiene que ver con la verdad subjetiva, y ésta no se mide en términos exactos.

Lacan dice que lo inexacto puede ser verdadero. Algo biográficamente inexacto puede ser estructuralmente verdadero, puede producir un efecto de verdad. Por esta razón a la verdad se le asocia la certeza: sólo cabe hablar de verdad unida a la certeza allí donde hay un sujeto del inconsciente. La certeza subjetiva es aquello que cualquier analista o analizante sabe acompañar a una interpretación lograda. Lo cual explica, a su vez, la ineficacia de ciertas interpretaciones que aunque sean exactas no se acompañan de ese efecto de verdad.

Retomemos el párrafo: "Pero, ¿qué era pues ese llamado del sujeto más allá del vacío de su decir? Llamado a la verdad en su principio, a través del cual titubearán los llamados de necesidades más humildes. Pero primeramente y de golpe llamado propio del vacío". ¿De qué vacío? Del que introduce lo simbólico en lo real: es el símbolo cavando un surco en lo real, porque es gracias a lo simbólico que algo puede faltar en su lugar. En la naturaleza no falta nada. El ejemplo clásico es el de la biblioteca: sólo porque hay un orden simbólico se dice que en ella hay un espacio vacío; sin el plano de una biblioteca es difícil que falte un libro. El vacío, el hueco, el agujero, es un concepto central en la enseñanza de Lacan, implícito como tal en el concepto mismo de lo simbólico. Es lo que anteriormente llamábamos ausencia, en relación con el par presencia-ausencia.

Por ejemplo, cuando entramos en un lugar y decimos que hay una pieza vacía, esto ya supone una distribución del espacio. Una casa es la delimitación de un vacío, aunque por lo general se lo piensa al revés -como un montaje de las paredes- pero a tal punto es así que a la casa hay que amueblarla. La idea de que lo humano conlleva de algún modo el vacío es fundamental, y según Lacan eso se observa claramente en la morada y en la alfarería: el pote, el vaso, son objetos que están presentes allí donde está el hombre, y no se trata de una superficie que delimita un vacío sino de un vacío delimitado por una superficie. Por esta razón la arquitectura es una ciencia modelo, en la medida en que trabaja con el espacio vacío ordenándolo y organizándolo.

Y Lacan agrega algo más. Veamos el párrafo: "Pero primeramente y de golpe llamado propio del vacío, en la hiancia ambigua de una seducción intentada sobre el otro por los medios en que el sujeto sitúa su complacencia y en que va a adentrar el monumento de su narcisismo". Es decir, se refiere también al vacío que describió como el fundamento del narcisismo: la prematuración, o sea el largo tiempo en que un niño depende del otro por su falta de autonomía. En efecto, la primera experiencia del niño es una experiencia de impotencia, en la cual el otro constituye un poder real para él, porque no se trata de una fantasía en la que el otro puede y él no, sino que es un hecho: el otro puede, y no se sabe cuáles son los criterios que hacen que venga o no venga, que expliquen su presencia o su ausencia. Es entonces en ese vacío que se instala la imagen del semejante como aquel que sí puede, que tiene movimientos, que tiene autonomía. Imagen del semejante en la que el sujeto se aliena.

Aquí se plantea una diferencia conceptual con respecto al artículo original del estadio del espejo ("El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", Escritos, Tomo I, ob.cit.), que es de los años '40, época en la cual la falta para Lacan estaba a nivel de la prematuración -término tomado del neurólogo Bolk- mientras que en este texto la falta está a nivel de lo simbólico. A lo largo de su enseñanza irá habiendo una permanente articulación de faltas, un escalonamiento de agujeros diferentes, una arquitectura de ausencias. En este

caso, el mundo del lenguaje introduce una falta en la cual se instala el circuito especular narcisista, de manera tal que se recubren dos faltas a la vez. Evidentemente la falta fundamental es la de lo simbólico, dado que es en el vacío mismo que existe en la estructura de la palabra que se incluye lo especular, o sea la relación del yo con su semejante.

El narcisismo es por excelencia aquello que constituye la palabra vacía en psicoanálisis, no porque el sujeto hable en forma de ego o se mande la parte, sino porque esta estructura tiende a obturar los efectos del inconsciente. Cabe aclarar de todas formas que el narcisismo no desaparece nunca, porque no se trata de una configuración infantil que se vaya a reducir durante la vida adulta, sino que es un efecto de estructura. Tampoco la función del análisis es la de hacer desaparecer lo imaginario.

\*

Continuemos con el texto: "Se concibe entonces cómo esta agresividad puede responder a toda intervención que, denunciando las intenciones imaginarias del discurso, desarma el objeto que el sujeto ha construido para satisfacerlas". En gran medida, éste es un apartado técnico, no porque Lacan brinde indicaciones técnicas sino porque hace un examen de la técnica psicoanalítica, criticando aquello que se llamaba el análisis de las resistencias.

En primer lugar, separa netamente la agresividad -que corresponde al circuito especular- de la pulsión de muerte, cuya determinación reside en la cadena significativa. Al plantear esta diferencia conceptual se está separando de la mayoría de los analistas de su época, inclinados hacia la tesis del sadismo primario kleiniano y no hacia la del masoquismo primario freudiano. Agreguemos que en Argentina hubo un solo representante de esta tesis freudiana, Angel Garma, quien se analizó con Reik, cuyos desarrollos sobre el masoquismo es indispensable leer.

Lacan señala que toda intervención en análisis que se haga en el nivel del yo necesariamente desencadena la agresividad, porque se despliega en el circuito dual. La palabra "denuncia" no es en absoluto casual dentro de este contexto, porque alude a cierta forma de interpretación en la que se supone alguna mala intención por parte del sujeto. Por eso habla de denunciar las intenciones imaginarias.

Esto último para nada se encuentra en la obra de Freud, porque por ejemplo en su análisis de las resistencias de Inhibición, Síntoma y Angustia más bien habla de la inercia de la estructura, no de la mala fe del sujeto, y a esa inercia no se la denuncia, se trata de pensar cómo operar sobre ella. El problema que Lacan plantea aquí es que interpretar denunciando no sirve más que para despertar la respuesta agresiva, que es pues un efecto "natural" de esa forma de interpretación. ¿Y cuál es entonces el objeto que desarma, aquél que el sujeto construyó? El yo.

Es importante aclarar que Lacan parte de una diferencia esencial que es la diferencia entre je y moi, intraducible como tal en castellano sencillamente porque el je simbólico es aquello que en nuestra lengua suprimimos al hablar. Cuando decimos "yo", éste ya es enfático, es el moi francés. Por ejemplo, si alguien tiene que decir en francés "yo hablo" y enfatizar que es él el que habla dice "moi, je parle", pero no puede suprimir el je. Su secreto es muy simple: los tiempos verbales franceses no están marcados, suenan todos

igual aunque se escriban distinto, mientras que en castellano la terminación verbal indica claramente quién habla, sin necesidad de usar el pronombre. Lo cual permite jugar en francés con una diferencia que no tenemos. En tanto, el moi está cercano al mí, al mí mismo.

Detengámonos ahora en la siguiente frase: "Por eso el psicoanalista sabe mejor que nadie que la cuestión en él es entender a qué 'parte' de ese discurso está confiado el término significativo, y es así en efecto como opera en el mejor de los casos: tomando el relato de una historia cotidiana por un apólogo que a buen entendedor dirige su saludo, una larga prosopopeya por una interjección directa, o al contrario un simple lapsus por una declaración hartamente compleja, y aun el suspiro de un silencio por todo el desarrollo lírico al que suple".

La palabra "parte" está entre comillas porque es un término que perteneció al código de los analistas durante largo tiempo, y Lacan sostiene justamente que en vez de hablar de partes de la persona o del yo, habría que pensar en las partes del discurso. Entonces, por un lado afirma que sólo se opera sobre el discurso, y en los ejemplos que da incluye hasta un suspiro, algo que no es necesariamente una palabra dicha.

Por otro lado, se opone terminantemente a la idea de la interpretación como traducción simultánea: si un lapsus sencillo puede ser una declaración altamente compleja, y un relato cotidiano ser entendido como una forma literaria, como un apólogo, quiere decir que no hay una correlación bi-unívoca entre un significante inconsciente y un significante consciente. No sucede como en una traducción simultánea donde a cada palabra le corresponde cierta unidad.

Al no haber, según Lacan, tal correlación entre el discurso inconsciente y el discurso consciente, habrá que ver entonces a qué parte del discurso se le confía el término significativo, y aquí 'significativo' quiere decir ese punto en que aparece el inconsciente, que puede incluso no manifestarse en toda una sesión, ya que no es obligado que lo haga. Tampoco existe forma a priori de saber dónde aparecerá, porque – ya desde Freud- no hay unidad interpretativa predeterminada.

En tal sentido, es notable cómo ciertas cosas provocan un efecto de resistencia por lo establecidas que están. Un sueño, por ejemplo, que es en un sentido el modelo de las formaciones del inconsciente, puede no ser necesariamente el término significativo. Freud mismo descubrió el sueño como resistencia: no siempre el sueño es la vía regia de acceso al inconsciente, como por ejemplo en el caso de la joven homosexual.

Por lo tanto, un lapsus a priori puede ser una equivocación y nada más. Habrá que decidir si es efectivamente lapsus o no. Por lo general la reacción del sujeto nos da una idea: hay gente que se equivoca por no saber la diferencia entre ciertos términos, es decir que puede tratarse de un error producto de la ignorancia. El lapsus generalmente se acompaña de cierta reacción subjetiva, tomando por sorpresa a quien lo dice, pero eso no quita que pueda ser utilizado por la misma función resistencial.

De modo tal que aún en las formaciones -por excelencia- del inconsciente ha de prestarse especial atención a dónde se sitúa la parte significativa, porque se está ante una estructura de análisis cuya unidad no es fija. Cuando se hace un análisis gramatical

o lingüístico existen unidades fijas: fonema, sintagma, sujeto, predicado. En psicoanálisis no hay unidad a priori y éste es uno de los problemas más serios.

Ciertamente, este hecho vuelve a la interpretación mucho más difícil todavía, porque si no existe una traducción simultánea, si las formaciones del inconsciente pueden devenir resistencia, nada garantiza entonces al analista desde dónde o sobre qué operar, salvo la oportunidad, en el sentido de lo adecuado de la ocasión. Lacan compara la temporalidad de la interpretación con la ocasión, tomando un tema propio del Renacimiento: en los emblemas, la ocasión era representada por una cabeza calva con un solo pelo donde, si no se tomaba ese pelito en el momento justo, había que esperar a que reapareciera, cosa que podía no llegar a ocurrir nunca más. Y en el análisis uno se percata de que perdió la ocasión generalmente después, así como también después se da cuenta de que la atrapó.

De ahí que Lacan se oponga tajantemente a todo lo que podría ser una técnica de la previsión, tomando muy en cuenta la regla freudiana de la atención flotante. La propia legalidad del significante puede dar la impresión de que adivinamos lo que se nos dice, pero no adivinamos, sino que seguimos cierta lógica del discurso que permita llegar a alguna conclusión. Puede tomarse, al respecto, un ejemplo que se aprecia en el nivel de la mala fe: el del discurso político, diseñado para hacernos arribar a ciertas conclusiones, en tanto el que escucha concluye sin que el orador llegue a hacerlo. Hay allí algo claramente dicho sin decir. Un buen orador no necesita ser demasiado explícito ni burdo, porque ciertas cosas dichas directamente provocan una reacción de apartamiento o de rechazo.

Hay algo en el discurso de cualquier ser que habla que tiene estas características, y en el caso particular del analista, sobre todo después de escuchar durante un cierto tiempo a alguien, en la medida en que uno se deja habitar por los significantes del analizante y no por los propios, la escucha se empieza a ordenar en función de un patrón que escapa a la conciencia y que de repente se presenta como una conclusión. Cuando uno mira après-coup cómo la construyó puede ver que durante x tiempo tal frase fue dicha tantas veces o tal inflexión apareció tantas otras, pero eso se deduce después, cuando se hace la historia de dónde y por qué algo fue jerarquizado. Mientras que para quien no escuchó a esa persona durante todo ese tiempo, eso no tiene la misma jerarquía.

\*

A continuación Lacan introduce teóricamente por primera vez el problema de la puntuación o corte de la sesión: "Así, es una puntuación afortunada la que da su sentido al discurso del sujeto. Por eso la suspensión de la sesión de la que la técnica actual hace un alto puramente cronométrico, y como tal indiferente a la trama del discurso, desempeña en él un papel de escansión que tiene todo el valor de una intervención para precipitar los momentos concluyentes".

Algo importante a subrayar es que la temporalidad en psicoanálisis no sólo se ve afectada en la duración misma de la sesión -respecto de los clásicos 45 o 50 minutos- sino además en la duración del análisis; lo cual puede significar por ejemplo que dos años de análisis sean una larga sesión, hasta que se encuentre el momento de concluir. Nuevamente, no hay una medida a priori de lo que se podría llamar -con Freud- el tiempo de la Durcharbeitung, es decir, de la elaboración.

La puntuación entonces ha de ser entendida en un sentido amplio, ya que concierne también a momentos del análisis donde lo que se concluye en una sesión de cinco minutos en realidad incluye una serie que empezó mucho antes. Por lo tanto la temporalidad no coincide con la unidad "sesión": para Lacan las sesiones, no sólo en su duración, sino en su ritmo, deben adecuarse a la temporalidad de cada sujeto, no pudiendo definirse según una temporalidad objetiva, es decir que no las rige ni el reloj ni el calendario ni una frecuencia semanal. Ninguna unidad de medida puede captar la especificidad temporal de cada subjetividad. Así, para algunos sujetos una sesión cada quince días puede constituir una escansión mucho más operativa que teniendo una por día.

En esta cita se plantea también algo que Lacan desarrollará mucho más adelante con el grafo del deseo: allí donde se puntúa el discurso pronunciado se ubica el lugar del código -A, el Otro- a partir del cual se define retroactivamente la significación, que Lacan definirá, por ende, como significación del Otro, s (A), porque es la significación determinada por lugar del código. Es decir, la puntuación crea la significación como efecto retroactivo del discurso de la intención. En consecuencia, el sujeto recibe su mensaje invertido, esto es, recibe del Otro su propio mensaje, porque al puntuarlo estamos puntuando el inconsciente del sujeto.

Esta célula que funda el grafo organiza todo el discurso, con una temporalidad que oscila entre anticipación -de la intención- y retroacción -de la significación-. En tal sentido, la puntuación es una forma de hacer historia, y Lacan dará al respecto el ejemplo de la Revolución Francesa, como un acontecimiento que es leído o puntuado de manera diferente por la Comuna de París y por la Revolución Rusa. Cosa que sucede también con la vida de cada sujeto: entre el punto donde se ubicó el acontecimiento primero y sus lecturas existen variantes, porque siempre una nueva puntuación es posible.

El Otro es entonces el que realiza la puntuación y éste es el primer lugar que Lacan le da al analista. En efecto, es el analista el que decide el sentido del mensaje, y por eso Lacan en "Variantes de la cura-tipo" (Escritos, Tomo I, ob.cit.) se referirá a su lugar como el del "poder discrecional del oyente", porque efectivamente decidir el sentido del mensaje es un poder. Por lo tanto no hay un sentido intrínseco al mensaje sino que quien lo decide es el Otro. El problema se genera cuando el analista "se la cree", cuando cree que es ese Otro, como el rey que se cree rey, porque entonces nunca es derrocable.

Afirma Lacan: "Si dirigimos ahora nuestra mirada al otro extremo de la experiencia psicoanalítica –a su historia, a su casuística, al proceso de la cura-, hallaremos motivo de oponer al análisis del hic et nunc el valor de la anamnesis como índice y como resorte del progreso terapéutico, a la intersubjetividad obsesiva la intersubjetividad histórica, al análisis de la resistencia la interpretación simbólica. Aquí comienza la realización de la palabra plena".

Hay una expresión que Lacan va a usar especialmente para reemplazar la idea de verbalización, que es la de 'pasar al verbo', donde lo importante es percatarse de la introducción del acontecimiento en una narración, ya que ésta no es solamente un medio para realizar un fin que sería expresar una verdad, sino que estructura el acontecimiento mismo. De ahí que la crítica sea a la noción de verdad entendida como algo que preexiste, que hay que expresar: la verdad no se expresa, se crea. Y desde ese ángulo



cabe decir que no hay ningún contenido de verdad a ser revelado en el inconsciente, no hay allí –y esta es la tesis fuerte de Lacan- ninguna significación que recuperar.

El análisis no opera recuperando contenidos sino a través de la palabra plena, lo que Lacan articula con el término epos , que remite a epopeya, a lo mítico, a lo épico, es decir, a aquello que se relaciona en última instancia con el destino de alguien. La épica funda justamente el destino de un pueblo. Cuando Lacan señala unas líneas más adelante que el sujeto "únicamente ha relatado el acontecimiento", se diría que lo ha verbalizado, y en realidad habría que decir que lo ha hecho pasar al verbo.

En efecto, el verbo debe ser tomado con la inflexión que asume en la Biblia: "al comienzo fue el verbo", no sólo gramaticalmente, sino en el sentido de que el psicoanálisis -al igual que la ciencia occidental- es inseparable de la tradición judeo-cristiana, que es una tradición creacionista que parte de una nada -un ex-nihilo - para crear algo a partir del verbo. En el Génesis , Dios hablando crea el mundo, de manera tal que se trata de una tradición en la cual la creación es fundamentalmente creación significativa, a partir de la palabra que implica la inclusión de un sujeto en el discurso.

El verbo es de algún modo la presencia del sujeto, y por eso Lacan dice "lo ha hecho pasar al verbo, o más precisamente al epos en el que se refiere en la hora presente los orígenes de su persona. Esto en un lenguaje que permite a su discurso ser entendido por sus contemporáneos, y más aún que supone el discurso presente de éstos".

Lacan destacará la idea de epopeya en la que se puede inscribir la historia de cualquiera de nosotros, como algo inseparable de una temporalidad en la cual se destaca la no coincidencia entre el acontecimiento y su significación. Cabe tener presente al respecto las dos dimensiones ya mencionadas, la anticipación y la retroacción de la significación, razón por la cual nunca hay coexistencia plena entre el acontecimiento y su significación. No existe una esencia del acontecimiento, ya que siempre podrá ser resignificado y ser otra cosa de lo que era.

Y cuando Lacan habla de "sus contemporáneos", está entrañando pues la presencia del Otro, siempre implicada en la estructura del discurso. Este Otro -los contemporáneos en plural- es aquel cuya función es reconocer y dar un aval a esa epopeya. El efecto de verdad de esta última necesitará de la sanción simbólica del Otro, de su reconocimiento, siendo ésta una función central del analista.

Por lo tanto, la verbalización no es una función espuria, secundaria, accidental, es la esencia misma del inconsciente. Efectivamente, al estar el inconsciente articulado con el orden simbólico, todo trastorno del sujeto -escribo adrede "del sujeto"- indicará la perturbación que sufre en su inserción en dicho orden.

Y agrega: "Así es como la recitación del epos puede incluir un discurso de antaño en su lengua arcaica, incluso extranjera, incluso proseguirse en el tiempo presente con toda la animación del actor, pero es a la manera de un discurso indirecto, aislado entre comillas en el curso del relato y, si se representa, es en un escenario que implica no sólo coro, sino espectadores".

Lacan se refiere aquí al paso que media entre un discurso privado y uno dotado de sanción simbólica, y nótese que con respecto al sujeto dice "la animación del actor", con

lo cual alude a la representación, a la escena. Luego utilizará el término "pantomima" para sostener –como habíamos señalado- que la conducta debe ser siempre leída en función de un libreto simbólico, ya que no existe conducta pura sin libreto. No obstante, el psicoanálisis tendrá que diferenciarla de la autorreflexión consciente, porque no debe confundirse la intencionalidad de la consciencia con el hecho de que la escena representada -Ana O. con su parálisis, por ejemplo- sea una escena que tiene un destinatario. O sea, que haya alguien a quien se destine el mensaje no quiere decir que esa sea la intencionalidad consciente del discurso.

El hecho de que se trate de una representación no le quita autenticidad: el mismo Freud se percató, ya en el Proyecto... , de que la verdad se sostenía en una estructura de ficción, a la que llamó *proton pseudos* , término que introduce al examinar el caso Emma, el de la muchacha con una fobia a entrar en las tiendas. Es un término tomado de Aristóteles que quiere decir primera mentira o mentira original, de donde se desprende que toda estructura significativa, al implicar a un sujeto, entraña esta dimensión del engaño.

Por lo tanto, hay algo en el sujeto que está más allá de su intención y, fundamentalmente, de su intención de decir la verdad. Querer decir la verdad no basta: por lo general se dice sola y por su cuenta, como ya se señaló, en aquellos puntos privilegiados del discurso donde la intencionalidad tropieza.

Lacan llega a escribir "historia" con "y", jugando con *hysteron* , útero. Frente a la reminiscencia, al recordar histórico que configuraba una teoría de la cura, Freud descubre la compulsión a la repetición: el análisis no se agota ni con el saber ni con el recuerdo; en las neurosis traumáticas, en las cuales por excelencia se sabe todo, no hay nada que recordar y sin embargo la repetición persiste. Este límite, que ya se preparaba en Recuerdo, repetición y elaboración , produce en Más allá del principio de placer un momento de vuelco de la teoría psicoanalítica.

Quiere decir que repetición e historia no están necesariamente asociadas: la primera se despega del acontecimiento a recordar para volverse parte de la estructura. La compulsión a la repetición, como actuación de la pulsión de muerte, es la estructura misma, ya no es la historia, porque no se repite por historia, se repite por estructura.

Porque, ¿qué es el inconsciente puesto bajo el modelo de la repetición? Poner los dedos, no una ni dos, sino mil veces en el enchufe, haciendo exactamente aquello que un animal aprende muy rápido a no hacer. En este sentido la especie humana es una especie resistente al aprendizaje en el sentido de la conservación de la vida, porque es la que hace exactamente lo que sabe le hará mal. La tentación se sitúa más allá de la conservación de la homeostasis. Y éste es el punto en que Freud descubre que hay algo más allá del principio de placer, respecto de lo cual éste último queda equiparado a lo que hoy llamamos homeostasis, pues en realidad es un término posterior a Freud.

Desde esta perspectiva, la temporalidad humana no anula la biológica, pero hay sin embargo interferencias mutuas. Se puede tomar un ejemplo banal pero contundente: parecería que los animales envejecen sin problema, que el único ser que por envejecer sufre ciertos efectos -llamados por ejemplo la depresión de la involución, que no es de orden puramente orgánico- es el ser que habla. El animal irá disminuyendo su actividad, dormirá más, etc., pero no experimentará el sufrimiento que le provoca el símbolo al

hombre, de saber que ése es su propio envejecimiento. Es lo que Heidegger llama el ser para la muerte como dimensión propia de lo humano por acción del lenguaje.

Escribe Lacan: "La ambigüedad de la revelación histórica del pasado no proviene tanto del titubeo de su contenido entre lo imaginario y lo real, pues se sitúa en lo uno y en lo otro. No es tampoco que sea embustera. Es que nos presenta el nacimiento de la verdad en la palabra, y que por eso tropezamos con la realidad de lo que no es ni verdadero ni falso. Por lo menos esto es lo más turbador de su problema" .

Quiere decir que es la revelación histórica la que nos presenta el nacimiento de la verdad en la palabra, porque puede haber lenguaje y no haber verdad. Para que haya verdad se necesitan entonces dos cosas: el lenguaje, y ese efecto que es el sujeto. Por ejemplo, la órbita de los astros no se modificó porque los seres humanos supieran la verdad sobre ella, y durante millones de años nadie supo cuáles eran realmente sus características, y nada pasó. Es decir que esto tiene efectos para los seres hablantes pero no para los astros.

Cuando, a partir de esa verdad -que los únicos en descubrir del todo son aquellos que inauguran nuestra ciencia- empieza a producir efectos en aquellos hombres que siguen buscando otras cosas, ahí sí puede terminar produciendo ciertos efectos, y quizá algún día haga saltar los astros de su lugar, pero esa sería otra historia. Digamos que el efecto de verdad es inseparable de la incidencia del lenguaje sobre ese ser vivo que es el hombre y sobre ese efecto particular que se llama sujeto.

Para ese sujeto cuenta la verdad o la mentira, y la histeria muestra precisamente algo que depende de una revelación de la ciencia: la verdad puede perfectamente fundarse en una mentira, punto en el cual la experiencia con las históricas lleva a Freud a descubrir la lógica estoica de la implicación. A saber, los estoicos formularon que de lo verdadero no puede deducirse lo falso, que de lo verdadero se puede deducir lo verdadero, que de lo falso se puede deducir lo falso, pero que de lo falso se puede deducir también lo verdadero.

Esta es una de las grandes revoluciones lógicas que introducen los estoicos, y el psicoanálisis se basa en esta premisa: de lo falso, comparado con el acontecimiento puro u objetivo que no cuenta tal cual, o sea de las ficciones que un sujeto estructura con el lenguaje, se puede deducir una verdad. En ese sentido la histeria es el cuadro por excelencia que a partir del engaño llega a deducir la verdad, o que en todo caso lo ofrece para que el otro la deduzca.

Aquí, la conclusión de todo este desarrollo: "Ahora bien, en esta realidad sólo la palabra da testimonio de esa parte de los poderes del pasado que ha sido apartada en cada encrucijada en que el acontecimiento ha escogido". El acontecimiento es lo que sucedió, pero hay una parte de azar, hay encrucijadas posibles, y uno puede tomar una u otra: Edipo mata a Layo en la encrucijada misma, cuando podría haber ido para un lado o para otro, y ese punto de opción del acontecimiento que Lacan siempre subrayó, tiene que ver con un elemento no de destino, sino de azar, donde la situación se puede dar de una manera en que no es obligado que se dé. Después sí, una vez que se dio, una vez que en el dado salió el número 6, la serie quedará determinada.

\*

A continuación, Lacan deja en claro que la historia para el psicoanálisis implica fundamentalmente una anamnesis vinculada con la verdad, no con la realidad del acontecimiento: “Es que no se trata para Freud ni de memoria biológica, ni de su mistificación intuicionista, ni de la paramnesia del síntoma, sino de rememoración, es decir de historia, que hace descansar sobre el único fiel de las certidumbres de la fecha la balanza en la que las conjeturas sobre el pasado hacen oscilar las promesas del futuro”.

De modo tal que la historia se despliega entre un movimiento de anticipación y otro de retroacción. En efecto, la dimensión de la promesa es por excelencia una dimensión de anticipación, en la medida en que prometer algo es incluirlo en el futuro, lo cual a menudo presenta el problema de aquello que algo prometía ser y lo que finalmente terminó siendo. Por eso, de acuerdo a las diferentes formas que asumió una promesa, se pueden ver las distintas maneras en que un mismo acontecimiento fue significado y resignificado. Conviene por tanto ubicarse siempre en esta dialéctica entre anticipación y retroacción.

“Seamos categóricos –agrega Lacan-, no se trata en la anamnesia psicoanalítica de realidad, sino de verdad, porque es el efecto de una palabra plena reordenar las contingencias pasadas dándoles el sentido de necesidades por venir, tales como las constituye el poco de libertad por medio del cual el sujeto las hace presentes”. Esto es, dada cierta estructura, las contingencias pueden leerse retroactivamente como necesarias, con lo cual, aquello que parecía un accidente puede no ser ni accidental ni contingente sino esencial y necesario.

En el marco de una interesante definición del psicoanálisis mismo, Lacan se refiere a la función de la historia: “Es ciertamente esta asunción por el sujeto de su historia, en cuanto que está constituida por la palabra dirigida al otro, la que forma el fondo del nuevo método al que Freud da el nombre de psicoanálisis”. Una historia, por lo tanto, es asumida, y lo es en la medida en que se constituye, término que ha de tomarse en sentido fuerte, de manera que la historia no preexiste al acto de constituirla.

El momento de hacer historia no es el transcurrir de los acontecimientos, cosa que Freud mismo detectó, y que es un lugar común para los psicoanalistas: cuando alguien está viviendo ciertas situaciones difíciles no puede hacer historia, ya que no es el momento para inscribirlas. Lacan destaca, además, que esa historia está constituida por la palabra dirigida al Otro, en tanto lo incluye como destinatario de la palabra. Es decir, sin el Otro no hay historia.

La idea de Lacan es que lo nuevo del método de Freud reside en el uso de esta palabra dirigida a un Otro para reconstruir la historia. Entonces agrega: “Sus medios son los de la palabra, en cuanto que confiere a las funciones del individuo un sentido; su dominio es el del discurso concreto en cuanto campo de la realidad transindividual del sujeto; sus operaciones son las de la historia en cuanto que constituye la emergencia de la verdad en lo real”.

El “individuo” es el de la especie, y cabe destacar que etimológicamente quiere decir “sin nombre”, cosa que aún está presente en nuestra lengua, pues cuando se quiere ser

desagradable, se dice despectivamente “ese individuo”. El individuo es aquel que no está inscripto en el orden simbólico, porque en todos los pueblos del mundo la inscripción de alguien se acompaña del bautismo, y no me refiero a la ceremonia cristiana sino al hecho de que se le da un nombre.

La expresión “discurso concreto” que usa Lacan es aquella que propone para sustituir el concepto de habla [ parole ] de Saussure: se trata del discurso concretamente pronunciado por un sujeto. Y la historia es, precisamente, aquella operación por la cual un sujeto intenta dar cuenta de su propio devenir, introduciendo en ese acto la verdad. Desde esta perspectiva, la verdad se crea, se construye, no yace esperando que alguien la busque.

Cuando, en este contexto, Lacan habla de la idea de interlocución, enmarcada en su teoría de la intersubjetividad, tiene que quedar claro que no se trata del diálogo imaginario sino de aquel que se establece entre el sujeto y el Otro, considerados ambos como sujetos. Cuestión ésta a no confundir con la teoría de la comunicación, pues no se trata de emisores y receptores, que tranquilamente pueden ser aparatos. Efectivamente, la teoría de la comunicación comienza tratando de ver cómo transmitir el mayor número de mensajes con la menor pérdida de información. En el caso de la intersubjetividad, tanto el emisor como el receptor son sujetos, y en cuanto tales serán capaces de comentar diferentemente el mensaje recibido.

Dice Lacan: “la alocución del sujeto supone un ‘alocutario’, dicho de otra manera que el locutor se constituye aquí como intersubjetividad”. Punto importante, ya que no se trata de un fenómeno de personas, sino de estructura: allí donde hay discurso existe siempre la presencia de dos sujetos simbólicos como fundamento de esta interlocución. De donde surge la idea -ya mencionada- de que el sujeto recibe su propio mensaje del Otro en forma invertida.

Subrayemos que el del interlocutor es un lugar necesario en la estructura del descubrimiento del inconsciente, porque hace falta que alguien esté allí para escuchar, si no no hay mensaje. Por eso Lacan se encarga ya de remarcar que la transferencia es inseparable de la estructura del lenguaje, en tanto el primer lugar que ocupa el analista es el de ser el escucha privilegiado que tiene que puntuar de un modo diverso el discurso corriente. En la vida cotidiana muchas veces en vez de puntuar hablamos en paralelo, un hablar sin escuchar donde cada cual sigue su propio monólogo sin hacer ninguna puntuación en el discurso del otro.

Como los niños que juegan juntos cada uno en lo suyo, los adultos cuando hablamos a veces somos igualitos, y determinadas conversaciones escuchadas desde afuera son especialmente cómicas. Por eso incluso los cómicos lo usan como recurso, por ejemplo cuando dos señoras hablan y cada una sigue con su tema, donde evidentemente falla la puntuación y es claro que no hay escucha ni de un lado ni del otro, lo cual hace que después de un tiempo estas conversaciones resulten altamente insatisfactorias, dado que les falta algo que es la función de la puntuación. Y para esto no hace falta que el otro diga palabras, porque simplemente los “ah”, “mm” -esos ‘ruidos’ del analista- ya funcionan como señales de la escucha.

Surge aquí una definición de inconsciente: “El inconsciente es aquella parte del discurso concreto en cuanto transindividual que falta a la disposición del sujeto para restablecer

la continuidad de su discurso consciente". Lo cual equivale a decir que el inconsciente es una forma de discontinuidad, término éste que reaparecerá en la obra Lacan y que se articula con la teoría del significante, en la medida en que sus elementos son discretos – ya que en un continuo perfecto no alcanzamos a diferenciar elementos-. Cuando dice 'discurso transindividual', aclaremos que Lacan no es culturalista -como Fromm, Horney, Malinowsky o Mead- sino que más bien cuestiona la noción misma de individuo como unidad de análisis. Se trata de una articulación según la cual algo que no es de nadie resulta ser lo más específico del sujeto.

Lacan inventará en algún momento un término, "éxtimo", mezcla de externo e íntimo, aplicado en principio al objeto, pero también puede ser que el inconsciente tenga un efecto de extimidad, pues nos es exterior y al mismo tiempo constituye lo más propio de nosotros. De modo tal que aquello que queda cuestionado es la idea de que el discurso pertenece al sujeto, y el término "pertenencia" es especialmente criticado por Lacan, lo cual se debe leer a la luz de un problema polémico: el de Yo o no-Yo, porque en tanto el inconsciente es un discurso que nos atraviesa no es Yo ni no-Yo. Recordemos, en este punto, la característica de ese efecto propio de lo imaginario que crea la ilusión de autonomía: 'yo soy yo y punto'. Y, en realidad, si hay alguna autonomía es la del discurso, ya que no depende de ningún sujeto.

Unas líneas más adelante, Lacan propone otra definición: "El inconsciente es ese capítulo de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado por un embuste: es el capítulo censurado. Pero la verdad puede volverse a encontrar; lo más a menudo ya está escrita en otra parte. A saber:

en los monumentos: y esto es mi cuerpo, es decir el núcleo histérico de la neurosis donde el síntoma histérico muestra la estructura de un lenguaje y se descifra como una inscripción que, una vez recogida, puede sin pérdida grave ser destruida;

en los documentos de archivos también: y son los recuerdos de mi infancia, impenetrables tanto como ellos, cuando no conozco su proveniencia;

en la evolución semántica: y esto responde al stock y a las acepciones del vocabulario que me es particular, como al estilo de mi vida y a mi carácter;

en la tradición también, y aun en las leyendas que bajo una forma heroificada vehiculan mi historia;

en los rastros, finalmente, que conservan inevitablemente las distorsiones, necesitadas para la conexión del capítulo adulterado con los capítulos que lo enmarcan, y cuyo sentido restablecerá mi exégesis".

La primera parte de la definición resulta muy cercana al concepto freudiano de lagunas mnésicas. Digamos, en primer lugar, que no hay verdad si no hay censura, dado que para que haya verdad tiene que haber seres que hablen y estén sometidos a la represión. Me refiero a la represión primaria, no a la neurótica.

En segundo lugar, que la verdad esté escrita en otra parte no significa que esté dicha sino que hay que descifrarla, y por eso las formas que presenta Lacan aquí son estrictamente freudianas: el síntoma histérico de conversión, o sea aquello que se descifra como una inscripción; los recuerdos, que remiten a los famosos recuerdos encubridores; la evolución semántica, es decir el lenguaje propio de los pacientes; las tradiciones y leyendas, que tienen que ver con lo que Freud llamó novela familiar, novela de los orígenes, en el sentido de que de algún modo toda tradición tiene un elemento novelesco o de leyenda; y por último lo que acá traducen como “rastros”, que sería más preciso traducir como “huellas” -las huellas del criminal que quedan marcadas-, donde no se trata de anamnesis sino de una ficción en la cual debe acomodarse el capítulo censurado junto con los capítulos que lo enmarcan, es decir con la versión que el sujeto dispone de su historia.